



En Memoria de Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la “Cadena Fraternal”, Página editada con los auspicios de la Respetable: Logia: Simbólica: “La Fraternidad Nº62” de Tel Aviv, Israel

Plancha 1008

LOGIA ALTAS CUMBRES 127

VALLE LA REINA

STGO. CHILE.

Q.:H:. y V.:M:.

A:.L:.G:.D:.G:.A:.D:.U:.

DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA.

V.:M:. Carlos Maurin Fernández

Dentro del conjunto de seres creados destaca la persona humana por una serie de características que le confiere un lugar de preeminencia. Por de pronto, la persona humana es racional: es decir dotada de la capacidad de presentar la situación de todo lo creado, dicha aptitud se manifiesta en el conocer; capaz de aprehender las cosas, más allá de las apariencias sensibles, y de, juzgar acerca de las mismas y de su valor.

Para una mejor comprensión del tema recordemos la tesis de Sto. Tomás, sobre el conocimiento, para él es un hacerse otro en tanto que otro. Ese otro no puede ser sino la persona humana, puesto que para Tomás es lo más alto que hay en

la naturaleza. De aquí se desprende que la comunidad tiene su base ontognoseológica y onto- axiológica en el conocimiento Tomista.

En conclusión y sin forzar el pensamiento de Tomás, podemos afirmar que el conocimiento y la comunidad son términos Dialecticos para obtener la perfección de la persona.

Sin embargo, es preciso recordar que el mismo Aquinatense propone como principio intrínseco y extrínseco de los actos humanos a la ley que regula a estos para alcanzar su último fin: El Bien.

No obstante lo dicho, sería una grave omisión no recordar que Dios no ha hecho libre para que le rindamos el debido homenaje que se debe a través del amor, lo cual se consigue si la persona humana es libre.

El hombre se siente solo, abandonado, para nadie es sujeto; ni centro de iniciativa ni de libertad: es un simple objeto entre otros innumerables, más o menos anónimos. Por tal razón se puede estar terriblemente solo en medio de la multitud: no hay lugar donde el hombre esté más solo que en la muchedumbre.

La vida moderna como es sabido tiende a eliminar de las relaciones interhumanas todo carácter de intimidad. Las conversaciones habituales de las oficinas, de los salones y de las distintas agrupaciones, incluso en el ámbito familiar son, casi siempre, impersonales. Se habla de negocios, de política, de imponer determinados criterios, de cosas, de acontecimientos, de ideas abstractas etc., rara vez las personas se interpelan en verdad de hombre a hombre, de sujeto a sujeto.

Muchos nunca han sido alguna vez para alguien un sujeto, un ser único, no intercambiable; sin embargo, a poco andar son únicamente miembros de una ciudad, de una empresa, de una agrupación, de una familia.

Ahora bien, para lograr una comunicación directa, y personal, con una o varias personas dentro de la comunidad, es preciso, como bien dice Ignace Leep (6) “un amor personal”, capaz de dar a los humanos el sentimiento de ser algo único, de romper el marco de lo egoísta.

6.- LEPP, IGNACE. “La comunicación de las Existencias.” Ediciones Carlos Lohle. BBAA. Argentina

En consecuencia el hombre debe descubrir la realidad de su propio Yo a través de acto de conciencia y de relación con los “otros” dentro de la comunidad, que le permitirá descubrir su existencia y la del otro.

Ciertamente, el Yo es quién pone al otro, en cuanto Tu. En un sentido Sartreano, el ser- para- otro, es decir, lo que somos a los ojos de los demás.

En realidad, el hombre no se limita a conocer la existencia del Otro, a saber que conocido y reconocido por el Otro. Porque desde el momento en que se encuentra con el Otro, tiende hacia la inauguración de una experiencia totalmente diferente de cuanto había podido realizar, como por ejemplo, en la soledad, o en las relaciones objetivas con el mundo exterior. Lo que requiere es entrar en comunión directa con él, sin pasar, por cierto, por ninguna objetivación.

Para encontrar al Otro en el terreno espiritual, es necesario que salga de mí, que me lance en cierta medida, que renuncie a algunos de los aspectos más atrayentes y a determinados placeres aún, los más exquisitos de mi existencia. De esa manera, podré en cierto modo, lograr el enfrentamiento con el Otro. Ciertamente el Yo necesita del Otro, no puede prescindir de él, ya que gracias a las relaciones con ese Otro el hombre adquiere conciencias de ser más de lo que es. El hombre entonces se elige y puede elegir, puede construirse a sí mismo, y dar a su vida un sentido definido y a su acción, orientación generosa.

La influencia liberadora, le enseña al hombre a descubrirse a ser verdaderamente libre. No tratamos aquí de una absorción de una personalidad joven (y que no se ha encontrado todavía a sí misma) por otra personalidad más dura. Se trata, simplemente, de que nuestro Yo se descubre en el contacto de otro Yo más evolucionado, cuya vocación y destino puedan ser radicalmente diferentes de los suyos. Lo importante no es ser “como él” ni llegar a ser “lo que él es”, sino “ser nosotros mismos”, ser yo en mi integridad y totalidad.

El amor no es un simple recibir del Otro, en su “ser otro”; el amor quiere positiva y deliberadamente que el Otro sea verdaderamente · el mismo·, un yo que se adelanta y se ofrece como un Tu.

Habiendo triunfado de obstáculos y escollos, habiendo descubierto la verdadera naturaleza del amor y permanecido fiel a ella, el amor se convierte en cimiento de la unidad personal e interpersonal.

“La unidad interior del Yo es consecuencia

De haberse realizado el objeto del amor,
Que es la unidad entre los hombres.

El amor, como la justicia, es virtud por
Excelencia, sin la cual ninguna sociedad es viable” (7)

Dado que todas las sociedades, la familia es la que toca al individuo de más cerca, es obvio que descubramos con mayor facilidad el papel que el amor desempeña en su seno. Sin embargo, también el Estado carece de cohesión si no está cimentado por ese amor que llamamos “patriotismo”.

Sólo el amor eleva al individuo por encima de toda consideración de interés y obtiene que el amante se sacrifique por el amado, sacrificio que es con frecuencia una necesidad imperiosa para la vida de la sociedad.

El amor forma parte, de la espontaneidad humana y ninguna voluntad será capaz de hacernos amar a un ser al que no nos lleva a un empuje espontáneo.

¿Hay por eso una negación de libertad en el amor?

Si el amor no fuera libre por esencia, pertenecería a la esfera del instinto, de la carne, y no sería por tanto una función de nuestro Yo espiritual.

El amor auténtico nos dice Leep “es siempre amor de un ser concreto, determinado, que responde a un nombre y que no puede ser remplazado por otro”. (Op. Cit.Leep.) Si amamos, simultáneamente a muchas personas, nunca lo hacemos con el mismo amor; cada vez se renueva un amor cualitativamente diferente del anterior. Aun en el caso en el que nuestro amor fuera universal como el de Cristo y englobara a todos los hombres, no por eso sería impersonal.

En estas reflexiones el lector puede observar la sorprendente analogía que se da entre Tomás de Aquino y un autor contemporáneo como lo es Ignacio Lepp, de cuyo pensamiento hemos obtenido las reflexiones antes desarrolladas.

Para mayor precisión referimos al lector en primer lugar a la cuestión 20 art. 1º de la 1ª parte y a la cuestión 26 de la 1º Sección de la 2ª parte de la Suma Teológica.

“ Nullus enim desiderat aliquid, nise bonum amatum:
Neque aliquis gaudet, nisi de bono amato. Odium

Etiam non est nisi de eo quod contraritur rei amates" (8)

7.- Op. Cit."Ignace , Leep. **“La comunicación de las Existencias** “p. 109

8.- Nadie desea más que el bien que ama, ni goza más que en el bien amado, ni odia más que lo opuesto. (Suma Teológica)

“Ad tertium dicendum quod actus

Amoris Semper tendit in duo;

Scilicet in bonum vult

Alicui; et in eum cui vult bonum” (9)

El amor entendido como donación y dentro de los supuestos ontológico y ontológico-entitativos de Tomás de Aquino, solo se perfecciona en el orden existencial en una comunidad tan peculiar y fundamental como es la familia. En ella como es toda la concepción Tomista se dan las tensiones entre libertad, la ley y la mutua entrega.

El “nosotros” no es, en consecuencia, una resolución racionalista al principio de identidad; sino más bien, es la estructura analógica de la trinidad en la cual uno de sus miembros tiene como ley la donación mutua para llegar a ser lo que debe ser, sino reducirse el uno al otro.

La libertad deja a la persona en la plenitud de su desnudez, nadie puede sustituirla en su régimen ontológico ético; de aquí su “responsabilidad”, su aptitud para dar respuesta de sí misma.

La persona es libre, es decir, es un ser capaz de elegir y en definitiva de elegirse.

Tiene voluntad, esto es, capaz de determinarse a lograr o realizar lo que ha elegido.

La persona es capaz de amar y de comunicarse con el amor con las demás personas.

Por amor ha de constituirse una familia. Por último, ya que es libre la persona es responsable.

Lo que ya expresado configura la dignidad de la persona, pero, para el cristiano hay, además, otras razones que le confieren a la persona su especial dignidad.

La persona humana há sido creada por Dios a su imagen y semejanza, tiene un destino sobrenatural que realizar: llegar a su fin último que es Dios. Su alma es inmortal, ha sido redimido por el sacrificio del Hijo de Dios, Cristo. La persona humana amada por Dios, es elevada a la economía sobrenatural.

S.:F.:U.:

9.-op.cit ant. “El acto de amor tiende a un doble objeto, o sea al bien que quiere y al sujeto para quien quiere tal bien, pues propiamente amar a alguno consiste en querer el bien para él”.

BIBLIOGRAFIA:

. ”Ignace, Leep. **“La comunicación de las Existencias”** “p. 109

Suma Teológica.